



partieron para sus casas; D. Lope de Haro, que entre todos se señaló de animoso, alabado con palabras muy honrosas, se volvió á su tierra sin querer aceptar los dones que le ofrecían, por saber muy bien cuánta falta y pobreza padecía el tesoro real. Este caballero dicen edificó en la Rioja la villa de Haro, no lejos del río Ebro, y que de aquel pueblo y de su nombre, así él como sus descendientes, tomaron este apellido. El rey se fué á Toledo á las cortes del reino, para donde tenía convocados los grandes y ciudades de toda la provincia. Tratóse en ellas de componer el estado del reino, que por la revuelta de los tiempos andaba muy alterado, y de recobrar las ciudades y pueblos que aún no se querían entregar. Fué este año memorable por las muchas lluvias y grandes crecientes; en particular en Toledo el río Tajo salió de madre y llegó hasta la iglesia de San Isidro á veinte de Febrero: el año luégo siguiente de mil y ciento y sesenta y nueve, á ocho de Febrero, tembló la tierra en aquella ciudad; cosa que sucede pocas veces, y que puso en cuidado á los ciudadanos por pensar que aquel temblor era pronóstico de algunos nuevos y mayores trabajos.

D. Fernando, rey de Leon, los años pasados casó con doña Urraca, hija de D. Alonso, rey de Portugal: deste casamiento nació don Alonso, el que sucedió á su padre en el reino de Leon, dado que la misma doña Urraca, por el parentesco que tenía con su marido, fué dél repudiada y apartada. Este camino hallaban para deshacer los casamientos cuando nacían desabrimientos entre los casados; que aún no estaba introducida la costumbre de dispensar en las leyes matrimoniales, ni los pontífices comenzaban á usar de semejantes dispensaciones. Deste repudio resultaron grandes enemistades entre el suegro y el yerno, y dellas muchos daños que se hicieron y recibieron de una parte y de otra. D. Fernando andaba ocupado en reedificar las ciudades y pueblos, que por la revuelta de los tiempos pasados estaban destruidas, otros edificaba de nuevo. Cerca de Salamanca reparó la antigua Bletisa, con nombre de Ledesma, á Granada cerca de Coria: demas desto Benavente, Valencia de Oviedo,

Villalpando, Mansilla, Mayorga. Fuera destas poblaciones, por consejo de un foragido portugués, edificó en los confines del reino, por do se divide de Portugal á Ciudad-Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, para que fuese como firme baluarte en que se quebrantasen los ímpetus de los portugueses, y para hacer dende correrías y cabalgadas por los lugares comarcanos. El desabrimiento que comenzó destes principios entre leoneses y portugueses, se encendió despues y paró en graves enemistades. Era D. Fernando príncipe de grande corazón y bravo; y aunque de costumbres muy suaves, condición simple, liberal y manso, no dudaba hacer rostro á las armas y poder de los reyes de Castilla y de Portugal.

D. Alonso, rey de Castilla, al principio del año de nuestra salvación de mil ciento setenta fué á Búrgos para tener cortes del reino, en las cuales, porque el rey era entrado en los quince años de su edad, que era el tiempo señalado por el testamento de su padre, y legal para que le entregasen las ciudades, se trató de que se ejecutase así, y con grande voluntad de los grandes y de todos, salió decretado se hiciese guerra así á los señores, si no obedeciesen á la voluntad del rey, como al rey D. Fernando su tío, que tenía todavía con guarniciones ocupada una parte no pequeña del reino; pero esta guerra, á causa de otras dificultades, se dilató mucho. Los grandes, interesados por no ser acusados de traidores, y porque no les quedaba excusa alguna para no hacerlo, entregaron al rey los castillos, fuerzas y lugares que tenían en su poder. Entre los primeros hizo esto D. Fernando de Castro: dado que, desconfiado de la voluntad del rey por estar muchos grandes irritados contra él, y la parcialidad contraria apoderada del gobierno, determinó dejar la tierra; y públicamente, renunciada la patria conforme á lo que entonces los españoles usaban, se retiró á tierra de moros, ca decía que el destierro sería tolerable, principalmente al que se hallaba inocente y no había hecho vileza alguna; pero que él haría que al que no querían por amigo, experimentasen serles enemigo muy grave: muchas veces la paciencia ofendida se muda en furor;



así D. Fernando, agraviado con muchas injurias, como él se quejaba, no dejaba de hacer muchos daños en tierras de cristianos.

Tratóse demas desto en las cortes de Búrgos del casamiento del rey, por ser la edad á propósito, y tener todos grande cuidado de que quedase dél sucesión. Enrique II deste nombre, rey de Inglaterra, muy poderoso á la sazón, abrazaba debajo de su señorío lo de Angers y Normandía en Francia y toda Inglaterra, y su mujer doña Leonor en dote le ayuntó á los demas estados lo de Guiena y de Potiers, como arriba queda dicho. Parecía á los grandes que sería á propósito Leonor, hija destes príncipes, doncella muy escogida, para casalla con su rey, si su padre viniese en ello. D. Alonso, rey de Aragon, con deseo de verse con el rey de Castilla su primo, y que era casi de la misma edad, vino á Sahagun: allí se puso confederación entre aquellas dos naciones. Hecho esto, los dos reyes, mediado el mes de Julio, fueron á Zaragoza: desde allí se envió una embajada muy principal á Francia para tratar lo del casamiento del rey. La cabeza desta embajada era D. Cerebruno, arzobispo de Toledo: acompañábale D. Ramon, obispo de Palencia, con otros prelados y caballeros en gran número. Llegados á Burdeos, do estaba la reina de Inglaterra con su hija, fácilmente alcanzaron lo que pretendían. Concertáronse las bodas: la doncella vino á España, y en su compañía no sólo los que envió el rey D. Alonso, sino también se juntaron con ellos Bernardo, prelado de Burdeos, y otros señores de Francia.

Entre tanto que esto pasaba en Francia, en España, entre los dos reyes de Castilla y de Aragon, se hizo liga y avenencia en que se juntaban las fuerzas de los dos reinos contra todos los príncipes, sacado sólo el de Inglaterra, en que se tuvo respeto al nuevo parentesco. Para confirmar este concierto y palabras de una parte y otra se dieron algunos pueblos para que en poder del otro estuviesen como en rehenes y en tercería: al de Aragon dieron á Nájara y Biguera, á D. Alonso, rey de Castilla, Ariza y Daroca, que por aquel tiempo también como ahora pertenecían al reino de Aragon. La doncella, esposa del rey de Castilla, llegó

finalmente á Tarazona: allí, como ántes tenían concertado, se hicieron los desposorios con grandes regocijos por el mes de Setiembre. El rey de Aragon fué el padrino: las arras que dieron á la esposa, fué gran parte de Castilla, Búrgos, Medina del Campo con otros lugares en gran número: fuera desto le consignaron la mitad de todo lo que se ganase de los moros. El rey, aficionado á la hermosura de su esposa, que era apuesta y agraciada, como era de poca edad, parecía querer en liberalidad demasiada aventajarse á los reyes pasados. Lope, rey moro de Murcia, tenía confederación y amistad con el rey de Castilla, porque halló también que por estos años vino á Toledo. Estaba el rey de Aragon ofendido del mismo y pretendía hacelle guerra, porque rehusaba de pagar las parias que acostumbraba dar á D. Ramon, su padre. Concertóse que aquel rey bárbaro le quedase sujeto á tal que él desistiese de favorecer á los macemutes, bando entre los moros, contrario al rey Lope. Íbase por estos tiempos despeñando el imperio de los moros en España, por estar dividido en parcialidades, en especial la ciudad de Murcia muchas veces andaba alborotada con discordias civiles.

Despedidos entre sí los dos reyes, y concluidas las fiestas de Tarazona, las bodas se celebraron en Búrgos con aparato increíble, y concurso de gentes no menor. Acabadas las fiestas, se dió licencia á la compañía de á caballo de los de Ávila, que hasta entonces acompañaron y guardaron al rey: á la ciudad de Ávila, por la fidelidad que guardó muy grande en tiempos tan ásperos, otorgó el rey grandes y señalados privilegios. Concluidas estas cosas, el rey y reina se partieron para Toledo. En el mismo tiempo el rey de Aragon procuró é hizo que la cabeza del mártir San Valerio, obispo que fué de Zaragoza, desde Roda, do estaba, fuese llevada á Zaragoza. Vino en ello por dar contento al rey D. Guillen Perez, obispo de Lérida y de Roda. Doña Garsendis, princesa de Bearne, muertos su padre y hermano, á ejemplo de sus antepasados, hizo su homenaje al rey de Aragon: y en particular renovó la confederación hecha ántes, en que se mandaba no se pudiese casar sin voluntad del rey. Los obispos



Bernardo de Oloron, y Guillermo de Lescar, fueron los que hicieron los conciertos en su nombre. Algunos piensan que casó, y fué mujer de Guillen de Moncada, hombre principal en Cataluña, y senescal: cosa que no se puede probar con bastantes fundamentos, y que nos pareció sería mejor dejalla sin resolver que poner por cierto en lo que dudamos.

Entre las ocupaciones y ejercicios de la paz no se dejaba el cuidado de la guerra: en especial las reliquias de los moros eran trabajadas por las armas de los aragoneses de tal guisa, que apenas les quedaba por aquella parte lugar en que pudiesen estar seguros. En Edetania la Vieja, á las riberas del río Alga, los pueblos Favara, Maella, Fresneda y otros muchos, fueron con el próspero suceso de las guerras quitados á los moros; demas desto Caspé, villa muy fuerte, junto al río Ebro. Quedaba por conquistar una parte del monte Idubeda en los confines de la Edetania y de la Celtiberia, porque gran número de moros, confiados en la fortaleza y fragura de los lugares, se habían retirado á aquella parte. Á los fieles, por la aspereza de los montes, era dificultosa la empresa y la entrada: con el esfuerzo vencieron todas las dificultades, y echaron de aquellos lugares á los enemigos; juntamente se apoderaron de la ciudad de Teruel, que es lo postrero de Aragon: así el señorío de los moros por aquella parte desde allí adelante tuvo por término y lindero la tierra y reino de Valencia. En el mismo tiempo Pedro Ruiz Azagra, hijo de Rodrigo Azagra, señor que era de Estella, como arriba queda dicho, por cierta ayuda que dió á Lope, rey de Murcia, le obligó de tal suerte, que alcanzó dél que le hiciese donacion de Albarracin, ciudad puesta en un monte áspero y fragoso á las fuentes del río Tajo. Poco despues, para que aquella ciudad tuviese más autoridad, Jacinto, cardenal y legado del papa, y por su orden Cerebruno, prelado de Toledo, pusieron el año mil y ciento y setenta y uno en ella por obispo á uno llamado D. Martin, con orden que la nueva iglesia fuese sufragánea de Toledo: llamaron el nuevo obispado arcabicense. Á este obispado, despues, por voluntad de Inocencio IV, pon-

tífice máximo, y de Alejandro IV, su sucesor, aplicaron la ciudad de Segorbe, en el tiempo que volvió á poder de cristianos, y la hicieron cabeza de aquella diócesis.

Estaban los reyes de Castilla y de Aragon ofendidos contra Pedro de Azagra, por causa que el rey de Aragon pretendia que la ciudad de Albarracin le pertenecia, como de su conquista: D. Pedro, como se tuviese por libre y exento, no queria hacer homenaje á ningun príncipe. Quejábase el rey de Castilla que en sus tierras el dicho D. Pedro se apoderara de algunos castillos: decia era justo con las armas de los dos, y por voluntad de entrambos, domar la soberbia y insolencia de aquel hombre y sus demasias. Para confirmar este concierto, se dieron los dos reyes en rehenes algunos lugares de ambas partes: al rey de Aragon entregaron á Agreda, Cervera y Aguilar, al rey de Castilla Aranda, Borgia y Argueda.

Concertaron otrosí que Ariza con su castillo fuese entregada al rey de Castilla, segun que en la confederacion pasada quedó concertado. El ánimo era diferente, y no eran llanos estos tratos, porque como fuese entregada por industria de Nuño Sanchez sin que el rey de Aragon en particular lo mandase, fué ocasion de grandes discordias. Verdad es que solamente se alteraron los ánimos, y no se pasó á más que palabras. Esta discordia fué ocasion de confirmar las fuerzas de Pedro de Azagra, ca ninguno de los dos le hizo guerra, y el rey de Aragon, menospreciada la afinidad de Castilla, y casamiento que su padre dejó concertado, comenzó á tratar de hacer un nuevo casamiento de que se agradaba más. Envió sus embajadores á Emanuel Comneno, emperador de Constantinopla, para pedirle á su hija por mujer.

Hallábase demas desto alterada Aragon por la muerte de Hugo Cervellon, prelado de Taragona, al cual, porque defendia los derechos de su iglesia, dió la muerte Guillen Aguilon. Era este Guillen hijo de Roberto, persona noble, y que por donacion de Ondegario, prelado de aquella ciudad, alcanzó el señorío de Taragona, y á causa de tener pocas fuerzas la entregara á D. Ramon, conde de Barcelona y padre del rey de Aragon, con retencion para sí de



parte de las rentas. Su hijo Guillen, ensoberbecido por esta causa más de lo que pedia el estado y fuerzas que tenía, se atrevió á hacer tan gran maldad. Por la muerte de Hugo sucedió Pedro Tarrogio, que era obispo de Zaragoza. La muerte de Hugo fué á veintidos de Abril del año ya dicho, que fué otrosí año señalado por la muerte de Santo Tomas Cantuariense, que por la misma causa mataron ciertos sacomanos malamente en Inglaterra dentro de su iglesia; canonizóle y púsole en el número de los santos Alejandro III, como á mártir muerto injustamente. Y parece que en España se le comenzó á hacer luégo honra como á santo, pues consta de antiguas memorias que en la iglesia mayor de Toledo no más de seis años adelante hobo altar con nombre de Santo Tomas, que el conde D. Nuño y su mujer doña Teresa dotaron de los heredamientos que tenían en Alcabon; devocion que yo entiendo se hizo por respeto de la santidad del mártir, y por agrandar de camino á la reina, que era natural de aquella tierra, y hermana del rey Enrique III, que le hizo matar. Hay grandes razones para entender que aquel altar estuvo donde al presente se ve la capilla de Santiago, en que está magníficamente sepultado el condestable D. Alvaro de Luna.

Lope, rey de Murcia, falleció el año mil ciento setenta y dos. Su muerte dió ocasion y despertó al rey de Aragon para que hiciese guerra á los moros de aquella comarca. Pensaba que por faltarles aquel príncipe tan señalado podria fácilmente destruir á los demas. Comenzó primero por Valencia, cuyo rey, por temer las fuerzas del aragones su contrario, fué forzado á comprar la paz por dineros, y prometer que las párias que acostumbraba antes pagar, las daria para adelante dobladas. Desde allí pasó la guerra á Murcia y se puso sobre la ciudad de Jativa, que era principal en aquel tiempo. Estaba casi para tomalla, cuando fué forzado á dar la vuelta á su tierra, porque los de Navarra le movian guerra en muy mala sazón, pues le apartaban de una empresa tan santa; pero los hombres suelen tener más cuenta con su interes particular que con la religion ni con hacer lo que deben; so-

lamente se hicieron treguas con el nuevo rey de Murcia á tal que pagase el tributo que su padre acostumbraba á pagar. Hecho esto, el rey de Aragon dió la vuelta hácia Navarra sano y asaz; no se vino á las manos y al trance de la batalla, porque cada una de las partes rehusaba de aventurar todo lo que era en el suceso de una pelea; sólo el rey de Aragon, por la parte de Tudela entró en Navarra, talando los campos y robando lo que hallaba, y redujo á su poder la villa de Argueda. Esto se hizo al fin deste año, el cual pasado y venido el siguiente, que se contaba de Cristo mil ciento setenta y tres, de nuevo volvieron á las armas y á la guerra, en que los aragoneses destruyeron y abatieron la villa de Milagro, puesta entre Calahorra y Alfaro, porque desde allí, como desde frontera, se hacian muchos daños en tierra de Aragon. Debió adelante este pueblo reedificarse, pues el dia de hoy vemos que está en pié. Falleció doña Petronila, madre del rey de Aragon, en Barcelona á trece dias del mes de Octubre.

Al principio del siguiente año, diez y ocho dias andados del mes de Enero, en Zaragoza se hicieron en fin las bodas del rey de Aragon y de doña Sancha, que el padre del rey dejó concertadas; y aunque el esposo estaba arrepentido y mudado, todavia mudada de nuevo la voluntad, antepuso la afinidad y deudo de los reyes de Castilla, en que se contenian muchos parentescos de otros reyes y comodidades, al casamiento y parentesco forastero del emperador, de donde poca ayuda se podia esperar. Efectuó, como yo creo, todo esto Jacinto, legado del papa, ca no hay duda sino que se halló presente en la solemnidad de las bodas. La hija del emperador griego casi en este mismo tiempo y sazón llegó á Montpellier, ciudad de la Galia Narbonense; allí, por hallarse burlada y por no poder más, casó con el señor de aquella ciudad, que fué un trueco muy desigual de reina en particular.

Por estos tiempos comenzaron á ser nombrados los caballeros que tienen el apellido de Santiago, que nos da ocasion para tratar brevemente de los principios desta milicia y órden, y en qué manera de bajos principios ha



crecido y llegado á la grandeza que hoy tiene, poco ménos que real, y que algun tiempo se hizo temer de los reyes. En el tiempo que se descubrió el sepulcro del apóstol Santiago, comenzó la devoción de aquel lugar á extenderse, no solamente por toda España, sino tambien acerca de las naciones extrañas; muchos de todas partes del mundo concurrían á visitarle, á otros muchos espantaba la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares, y las correrías de los moros que se decia cautivaban á muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy (no se sabe puntualmente en qué tiempo), los años siguientes, con deseo de remediar estos males, edificaron en muchas partes por todo aquel camino, que llega hasta Francia, hospitales para recibir á los peregrinos. Entre éstos, el que se edificó en el arrabal de Leon con nombre de San Márcos, fué el de más cuenta, y tuvo el más principal lugar.

Con este oficio de piedad, no sólo ganaron los ánimos del pueblo, sino tambien las voluntades de los principales, tanto que les dieron por entónces grandes riquezas y rentas; y adelante, por su ejemplo, algunos en Castilla ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenían de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en comun los bienes particulares de cada uno á manera de religiosos. Estos, por industria del cardenal Jacinto, y á su persuasión, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago.

Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobacion del pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querían ordenar conforme á la regla de San Agustín, que abrazaban los dichos canónigos. Pero Fernandez de Puente Encalada, que fué el principal en esta embajada, á persuasión de Cerubruno, arzobispo de Toledo, ganó una bula del pontífice, su data á cinco de Julio, año de mil y ciento y setenta y cinco, en que se señala á los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; á la cual manera de vida se reciben tambien mujeres, con tal que

no se puedan casar si no fuere con consentimiento del maestro.

Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que nunca se apartasen del lado del maestro, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capítulo general. Demas desto otras muchas cosas se ordenaron que sería largo relatarlas. El mismo Pero Fernandez fué criado por maestro de aquella milicia y orden, y así fué el primero de los maestros; las insignias de los soldados, en manto blanco una cruz roja hecha á manera de espada. Señalóseles por convento el hospital de San Márcos, que estaba en Leon. Tenían por este mismo tiempo en Castilla y en Leon grandes heredamientos, no pocos castillos y lugares; entre los demas se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodóvar, Larunda, Santa Cruz de la Zarza, que así se llama en la bula del papa un lugar que antiguamente se llamó Vicus Cuminarius, cerca de Ocaña.

Sucedió el año siguiente de mil y ciento y setenta y seis que D. Alonso, rey de Castilla, siendo de mayor edad, y estando determinado de vengar los agravios que los navarros y leoneses le hicieron los años pasados, se aparejaba para la guerra. Hizo sus votos en Toledo antes que se pusiese en camino y saliese en campaña; hizo donacion de Illescas, que parece habia vuelto á ser del rey, y de Hazaña á la iglesia Mayor de Toledo por el mes de Julio para alcanzar de los santos patrones de aquella ciudad que la guerra que trataba de hacer tuviese próspero fin. Hecho esto, entró por la Rioja con grandes gentes hasta la ribera de Ebro. Lo demas que sucedió en esta guerra no se sabe, sino que despues de maltratados los navarros, consta dió la vuelta contra el reino de Leon, taló los campos, tomó, saqueó y abrasó los lugares, y esto á causa que el rey su tío era de menores fuerzas y rehusaba de venir á las manos con aquel bravo y mozo príncipe. Pero la ira del rey de Leon se volvió contra los nuevos soldados de Santiago por sospechar favorecian al rey de Castilla como á su antiguo señor, tanto que los echó á todos del reino y los forzó á retirarse á Castilla. Arrepintióse presto el rey D. Fernando de lo que hizo, por



despojar sin bastante causa su reino de una ayuda tan grande como era la destos caballeros; mas no lo pudo remediar, dado que por intercesion de prelados y grandes y otras buenas personas con cierta manera de treguas por entónces se dejaron las armas, y se apaciguaron estos bullicios.

Esto nos pareció referir y poner por escrito de los principios de aquella orden, que parecerá corto si se mira á su dignidad, si la brevedad que llevamos en esta obra, lo que basta. No ignoramos que algunos les señalan más alto principio, unos de D. Alonso el Casto, otros del rey D. Ramiro; engaño sin duda á los unos y á los otros el deseo de ilustrar aquella milicia, y un privilegio que alegan en esta razon, de D. Fernando el Magno, primer rey de Castilla, con data y antigüedad de más de cien años ántes deste tiempo, que dicen concedió al monasterio de monjas de Salamanca, que se llama de Sancti Spiritus; pero los más eruditos le tienen por falso, las razones que les mueven no hay para qué declarallas, la misma cosa se da á entender, ora se considere el estilo diferente del que en aquellos tiempos tan groseros se usaba, ora la cuenta que sigue de los años por el nacimiento de Cristo; cuenta por estos tiempos aún no recibida en España.

Dejado esto aparte, en Francia, entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa, despues de grandes alteraciones se hicieron paces. Estaba el de Tolosa sentido que el matrimonio de su hijo (que dejó ántes de su muerte concertado el conde de la Proenza D. Ramon Berenguel, que falleció diez años ántes deste con su hija y heredera, habida en Rica la emperatriz) el rey de Aragon le hobiese impedido. Pretendia con las armas el condado de la Proenza, así por el derecho antiguo que mostraba tener, como nuevamente por tocar á su hijo como dote de aquella doncella. Concertó el rey y prometió de dalle tres mil marcos de plata, porque se apartase de aquella querrela. Con esto, una hermana de Trencabello, vizconde de Carcasona, llamada doña Beatriz, casó con el hijo del conde de Tolosa; que no se pudo alcanzar del rey de Aragon le diese (como él lo

pretendia) por mujer la hija del conde de la Proenza. Hizose esta confederacion principalmente por diligencia y autoridad de Hugo Jofre, maestro de los templarios, que intervino en todo esto.

Comenzaba Castilla despues de largas miserias á alzar cabeza por el esfuerzo del rey D. Alonso, y como de unas tinieblas muy profundas á mirar la luz. Las fuerzas de los moros se iban enflaqueciendo y envejeciendo. Los Almohades, ocupados con los movimientos de África, no podían cuidar de las cosas de España; tanto más que por muerte de Abdelmon, fundador de aquel nuevo imperio, su hijo Aben-Jacob los años pasados se encargó del imperio de aquella gente, puesto que hombre animoso, pero ni de igual esfuerzo, ni de igual felicidad á su padre. Por lo uno y por lo otro se ofrecia buena ocasion de volver con mayor esfuerzo á la guerra sagrada. Los fieles, hasta ahora impedidos, ó por la flaca edad de los reyes, ó por los movimientos civiles de la provincia, no parece miraban bastantemente por la dignidad del nombre cristiano.

D. Alonso, rey de Castilla, venido á mayor edad, fué el primero á tomar aquel cuidado, y despues que en la guerra pasada se satisfizo de los navarros y de los leoneses, se determinó de tratar con el rey de Aragon de acometer la guerra contra los moros. Juntáronse para esto á vistas: trataron en ellas por qué parte sería bien hacer la guerra á los moros. Ofrecióse la ciudad de Cuenca, puesta en los fines de la Celtiberia, edificada por los moros (que en el imperio romano, ni en la historia de los godos no hay mencion alguna de aquella ciudad), y asentada en un collado áspero y empinado, que á manderecha y á mano izquierda estrechan los rios Júcar y Huécar, con las riberas y hoces muy altas, de tal guisa que es inexpugnable por la naturaleza del lugar. La subida dificultosa, las calles estrechas y tan agrias, que muchas veces no se pueden andar á caballo y apenas se andan á pié. No tenían en aquel tiempo fuentes ni pozos dentro de la ciudad; mas en nuestra era han traído de los montes cercanos fuentes y caños perpétuos, que corren por todas las partes: así que podíanle quitar el